

LA ISLA LUMINOSA

Cuando el cuerpo yace relajado, descansando de los trabajos diurnos, el espíritu y la mente siguen en plena actividad, corretean libres a través del mundo onírico sin las trabas que la vida de este lado les impone. Como si tuvieran un pie en cada lado, a veces, se encuentran en un misterioso tramo que une el mundo denso en el que habita nuestra consciencia, con el otro más sutil y ligero, el de los sueños, Son estados de duerme-vela en los que, en ocasiones y con gran nitidez, llegan a nuestra mente, pensamientos, imágenes e incluso secuencias de acciones que nos impactan.

Encontrándome en un estado semejante, sentí con claridad el aislamiento que sufren los Maestros y los Sabios. Esos seres extraordinarios que tratan, con su esfuerzo, de aportar bienestar a nuestras vidas, con la finalidad de que la humanidad avance y vaya adquiriendo cada vez metas más altas. Trabajan por y para los demás sin pensar en beneficios propios, generalmente rodeados de soledad, indiferencia e incluso el desprecio y la agresión de una parte de los que les rodean.

La imagen llegó muy clara, el sabio era una isla brillante como un Sol, rodeada de un oscuro y sucio mar negro. El agua, formada por un aluvión de seres diminutos y negruzcos que semejaban hormigas juntas y apiñadas, se mostraba como una gran masa renegrida, de individuos que danzaban, llevados por el oleaje, siguiendo todos el mismo son. Entre la Isla Luminosa y las tenebrosas olas, había una franja algo más clara, formada por un grupo de seres que trataban de disgregarse de esa marea, acercándose a la luz.

¿Por qué, pensé, la ciénaga oscura evita por todos los medios la claridad y no quiere acercarse a ella?, ¿por qué la rehuye y prefiere sumergirse en esa masa negra, burda y absurda?. La respuesta acudió prontamente:

- Porque existe miedo a la **diferencia**. La Isla es distinta, más alta que ellos y está llena de luz, su pequeñez queda resaltada y eso no les gusta.
- Tienen **miedo** a la luz. Su claridad los traspasa, dejando al descubierto lo que verdaderamente son, seres con defectos e iniquidades ocultas.
- Sienten **envidia**. Ansían su claridad, mas no están dispuestos al esfuerzo que les exige el llegar a conseguirla.
- Instalados en la **comodidad**, prefieren dejarse llevar por la marea, camuflarse en la masa, ser como todos y así eludir responsabilidades para con ellos mismos y para con los otros.
- Cobijados en la **ignorancia**, postura cómoda de la que no quieren salir, siguen la consigna de “cuanto menos sepan, menos tienen que responder”.
- No debemos olvidarnos de la **imbecilidad**, porque ante la posibilidad de acercarse

- a la luz y crecer, la evitan manteniéndose en un estado de quietismo o degradación.
- Y siempre, la **maldad** está presente. A la hora de ejercer el mal y pasar desapercibidos, no hay mejor lugar para instalarse que la masa y sus coletillas, “todos tenemos defectos”.

Por todo ello, la masa odia, siente rechazo hacia los Seres Isla, que marcan la diferencia con su sabiduría, fuerza y bondad, por eso los temen, ignoran y si pueden, agreden y eliminan.

La Semilla

El viento la transportó en sus brazos, depositándola suavemente en el seno del frondoso valle, luego, sopló sobre la tierra, formando con ella remolinos de arena que acabaron cubriendo la pequeña semilla. ¡Qué bien se estaba allí!, el agua la humedecía, el Sol la calentaba, la tierra la envolvía y la alimentaba como si estuviese en el seno de una buena madre. Entregada a su sosiego, sintió, de repente, que su corazón latía, algo se movía en sus entrañas, se sobresaltó. Un impulso irrefrenable le invitaba a dejar parcialmente el claustro, a buscar la luz. Notó cómo una parte de ella misma se alargaba, arañando los resquicios de la tierra, trepando hasta alcanzar la superficie y cuando la hubo alcanzado, una hojita diminuta se asomó tímidamente al mundo.

El agua la refrescaba, los rayos del Sol la acariciaban, el viento la mecía suavemente, la escarcha de la mañana la llenaba de finas gotas de rocío y ella, creció hasta convertirse en una hermosa planta de la que surgió una flor. Vivía feliz. Allá en el fondo del valle veía pasar las nubes formando figuras extrañas, los pájaros en sus trinos, le contaban historias de lugares remotos, las mariposas, con sus alas de hada, le hacían cosquillas y bailaban a su alrededor, los insectos libaban en su polen haciendo que se sintiera liviana y libre y el Sol, la envolvía a diario con su gran abrazo docente y protector.

Ingenua, feliz y despreocupada, todo era fácil a su alrededor. Vio, un día, que una marea verde que se divisaba a lo lejos, avanzaba poco a poco hacia ella. Qué bien, pensó, tendría nueva compañía, le contarían historias desconocidas y ella podría relatarles las que los trinos de los pájaros le narraban. Les hizo señas de amistad y las hierbas siguieron avanzando. La flor les llamó y les tendió los brazos. Hipócritamente le contestaron mientras la rodeaban. Trataban de que el Sol no llegase a ella, intentaban que sus preciosos colores quedasen diluidos, cubiertos y opacados por la avalancha. Era la cizaña, la gran masa que todo lo engulle, destruye lo distinto a ella, prohíbe la belleza y todo lo que tiende a destacar.

Inmersa en la marea, la flor se asustó, se ahogaba, no podía respirar, se sintió defraudada. Sin pensar, había confiado en quien no debía y ahora lo pagaba. Oyó, de repente, un ruido extraño y vio como la cizaña iba cayendo a sus pies, era el jardinero que limpiaba el valle

de malas hierbas. Quedaba de nuevo en libertad. El hombre la miró, suavemente la arrancó de su tallo, la acercó a sus labios besándola con devoción y cuando llegó a la casa, la depositó, con emoción y delicadeza, en el tibio pecho de su esposa. La flor se estremeció y sintió el Amor, se acordó del Sol.

El Sol, el Amor, redimieron a la flor.

La Fuente

El otro día en un sueño, habían destrozado una fuente que a la orilla de un camino, servía para calmar la sed de los caminantes. Era el símbolo perfecto de algo que me querían transmitir, destrozaban y por tanto, dejaba de existir la fuente que nos informa, que nos alivia, que nos regenera como si de un bautismo se tratase, nos vivifica, calma nuestro cansancio y nuestras angustias, nos da fuerzas y ánimos para seguir caminando, nos acoge en su manantial de aguas puras y perpetuas. Las fuentes, los manantiales, son maravillas que surgen de la tierra, a veces brotan ruidosos, con fuerza, tienen ganas de libertad y se desbocan cuando la encuentran. Saltan entonces de su encierro, ofreciéndonos una potente sinfonía musical producida al romper sus aguas sobre las rocas, al saltar al vacío en cascadas valientes y alegres que murmuran atronadoramente antes de posarse en el lecho del río que las acoge. Otras veces salen silenciosas, medio escondidas, temerosas de que la luz, pueda descomponer sus aguas en múltiples colores. Buscan pequeños riachuelos por los que discurrir con tranquilidad, ofreciendo sus beneficios con humildad y eficacia. En ambos casos, son un regalo para los ojos porque el agua da vida y la vida surge por donde mana y transcurre. Sus orillas se cubren de plantas, árboles y flores, estos a su vez, se llenan de insectos, pájaros, animales de toda especie. La vida, se mueve al par de las aguas pobladas de peces y animales acuáticos.

El misterio de las fuentes, ha hecho pensar a los hombres desde los tiempos más remotos, la imaginación hizo que en ellas habitasen diosas, hadas, xanas, ondinas y geniecillos. Allí vivían tranquilas escondidas entre las aguas, de las que surgían en determinadas épocas y condiciones, favoreciendo o castigando a quien osase encontrarlas.

En las fuentes hay hadas, las hermosas xanas que guardan las aguas que usa su Patrono para regenerar la vida de las personas. Salen de ella, el día de la Fiesta Grande y traen consigo la flor del agua que llena de beneficios y amores a quien la encuentra. Es la mágica noche de San Juan, ¡La fiesta del Bautista!

Lo que brilla.

Cuenta la leyenda, que hubo una vez una serpiente que comenzó a perseguir a una luciérnaga. El pobre gusano muerto de miedo, huía con toda la rapidez que podía de la feroz serpiente, la depredadora estaba empeñada en alcanzar su presa. La luciérnaga huyó un día, y otro día, y otro y otro.. pero la serpiente no desistía de su empeño. Al cabo de los

días, sin fuerzas, el gusanito de luz paró y dijo a la serpiente: ¿Puedo hacerte tres preguntas? No acostumbro dar respuestas a nadie pero como te voy a devorar, puedes preguntarme... ¿Pertenezco a tu cadena alimenticia? No. ¿Te hice algún mal? No, Entonces ¿Porqué quieres acabar conmigo? Porque no soporto verte brillar.

Buscaba información sobre la serpiente, su sabiduría, su simbolismo, como la han visto otros pueblos y como es vista actualmente. Me he encontrado con este pequeño cuento que hace pensar y recapacitar. Es la envidia, un sentimiento bajo y rastrero excesivamente arraigado entre los hombres, es por envidia por lo que no se admite a los sabios y a los santos, no se quiere ver lo que han logrado a base de esfuerzo.

Comprobar como brillan, es algo que la gente no soporta porque inmediatamente vienen las comparaciones y eso no les gusta. No se dan cuenta, que la envidia es un sentimiento tan insano como irresistible, al que más daño le hace, es al que la genera.

A pesar de todo, ni la envidia ni otras actitudes negativas, logran apagar el brillo del que lo tiene por méritos propios, está en la esencia de su persona y eso es intocable. Hay una canción que dice: *Lo que brilla con luz propia, nadie lo puede apagar.*

La pequeña Flor

La flor tiró de la planta, estaba en plena formación, crecía blanca y hermosa, pero su corazón, no se sentía contento, en su interior crecía una fuerte desazón.

¿Por qué todo su sustento provenía de la tierra, si ella amaba al SOL?. Quería que sus raíces salieran del oscuro suelo, que abrazaran libres y airosas los rayos del cálido astro que brillaba en los cielos.

Trabajó, se esforzó y lo logró.

La flor miraba hacia el cielo y su corola armoniosa de brillo y luz se llenó, pero no vivía sola, rodeada de otras flores de tonos multicolor, que arraigadas en la tierra, exhibían sus colores, derramaban sus olores y envidiaban la osadía que hacía libre y distinta a la flor.

Todas se confabularon, sus raíces atacaron, su talle zarandearon, querían con fiero ardor que su brillo se opacara, que del bello y ardiente SOL, los rayos no abrazara, que fuera, en fin, una de ellas, florecita del montón.

No entendía aquella agresión y por ello sufrió y lloró. ¿Por qué si el brillo envidiaban, su postura no copiaban y en vez de absorber del suelo no miraban hacia el cielo y se acercaban al SOL?.

Pensó mucho, sufrió mucho, pero su fuerza creció, no quería ser como ellas, su destino era el cielo y la libertad su anhelo, sus raíces no querían vivir a expensas del suelo, deseaban conocer ámbitos más elevados, por Grandes Seres creados. No le importaban las flores, sus colores, sus olores, sus charlas y sus envidias, de todo se separó y tras muchos avatares, ayudada por su SOL, en brillante flor de luz, se convirtió.

Alicia Cabredo